



María Enciso

Por una misma causa, que defendimos llegamos a estas tierras, María Enciso. Y aquí nos encontramos, por vez primera, después que atravesamos, ¿cuantas fronteras?. Rumores de paisajes, de soles nuevos, llevas de esos viajes, aventureros. Todo ello se refleja, en tus canciones, y en tu misma persona, llena de dones...

TEXTO: ANTONINA RODRIGO.
FOTOGRAFÍA: CEDIDAS POR ARTURO MEDINA.

Ignorada en el olvido...



*i no he de verte más,
lejana orilla,
el mar me llevará, largo camino,
galopando en espuma verde y blanca,
su nocturno lamento en mis oídos...*

“Lejana orilla”. De mar a mar.

La mujer era Delegada por la República de una importante expedición de niños evacuados a Bélgica, a finales de enero de 1939. Ella misma los había recogido de los campos de concentración de Francia: Arelies-sur-Mer, Saint Cyprien, Clairmont Ferrant, Gueret, Periqueaux.

Por razón de su cargo pudo entrar en aquellos infiernos a cielo abierto donde reinaba la desolación más abyecta. Tuvo que vivir el trance desgarrador de separar, arrancar, a los hijos del lado de sus madres. De repente aquellas niñas y niños depauperados, llenos de sarna, pero al cobijo de sus madres, se sentían desamparados y perdían el carácter infantil, se tornaban taciturnos y temerosos. “Tristes y envejecidos, niños especiales, de los campos de concentración”, los definió la mujer, pedagoga y madre de una niña de tres años.

Al llegar a Bruselas, en la bulliciosa calle de la Porte de Namur, grupos de estudiantes, adelantando una alcancía de metal, pedían:

“Un franco (una moneda) para los niños españoles”. Las voces le parecieron a la mujer tan bellas y bien atipladas como la de los pregones callejeros de su tierra almeriense, tan límpidos que se confundían con la brisa:

Biznagas de jazmines, ¿Quién las quiere?

“Si había gente que pensaba en nosotros. La juventud estaba en su puesto en las ciudades de Bélgica”, escribirá la mujer. ¡Qué fuerza pueden tener a veces unas pocas palabras cargadas de contenido! Tanta que lograron disipar momentáneamente aquel sentimiento amargo que había ido erosionando su esperanza, a medida que las potencias democráticas abandonaban la causa del pueblo español en su lucha contra el fascismo. No estaban abandonados del todo. Las gentes pedían para los niños que el pueblo belga acogía solidariamente. No era cuestión de estado, era el pueblo el que creaba en la vía pública un estado de conciencia hacia un país que había luchado por la libertad:

Una moneda para los niños españoles.

Los pequeños refugiados fueron recobrando la salud y la sonrisa repartidos en hogares e instituciones belgas, en Lieja, Malinas, Amberes... La mujer, asistida por otras compatriotas, de las que nunca llegaremos a saber sus nombres, vigilaban amorosamente el bienestar de los niños.

Pero aquello fue un alborar efímero, en mayo de 1.940, con la invasión de las tropas alemanas, se reprodujeron las terribles escenas de la retirada de Cataluña. La guerra asolaba de nuevo a una humanidad doliente que huía por las carreteras atestadas a merced de la aviación nazi, la misma que

los había ametrallado en las carreteras y campos en España. La mujer regresa a Francia, se traslada a Inglaterra y embarca en Liverpool rumbo a la tierra de promisión que era América. De todo el horror vivido nace un libro estremecedor: *Europa fugitiva*.

La mujer era María Dolores Pérez Enciso, nacida en Almería el 31 de marzo de 1908. El padre Francisco Pérez Castro, era maquinista de una naviera de Juan March y la madre, Dolores Enciso Amat, pertenecía a una familia de la burguesía almeriense. Tuvieron dos hijos más Francisco, muerto tempranamente, y Guillermo. Al poco tiempo de nacer éste se traslada la familia a Barcelona para estar junto al padre allí destinado. La estancia no es larga, al caer enfermo regresan a Almería, a la casa familiar de Dolores, donde se produce la muerte. La joven viuda abre una tienda de quincalla y objetos de regalo, para hacer frente a la vida. La hija mayor ingresa a los 15 años en la Escuela Normal de Maestras de Almería. Aprobado su ingreso, María con la autorización de su tío José, solicitó el traslado a la Normal de Barcelona en donde empieza a cursar estudios en octubre del mismo año. En Barcelona se perfilará su formación intelectual pero seguirá vinculada a Almería, su residencia espiritual: “Sueño Blanco/de cal y agua/yo te soñaba.”

María terminó sus estudios en 1927. Estuvo vinculada a la Residencia de Estudiantes de Ríos Rosas, fundada y diri-



gida por el poeta mallorquín Miquel Ferrá, situada en el barrio de San Gervasio. Era un lugar apacible, con una valiosa biblioteca; en el buen tiempo las tertulias se celebraban en el jardín. Allí recuerda María Enciso haber oído recitar a la poeta chilena Gabriela Mistral, en 1927 en una de sus estancias barcelonesas. En la residencia vivían profesores y estudiantes y los intelectuales extranjeros que estaban de paso en la ciudad, como Pierre Vilar, Georges Gaillard, Oliver Brachfeld... También eran asiduos visitantes los profesores e intelectuales catalanes. En este ambiente se formó culturalmente María Enciso y se acrisoló su compromiso ético, con honda inquietud social, dedicada a la enseñanza en las Escuelas Públicas de la Generalitat.

María se casó con Francisco del Olmo, catalán de holgada posición. Con la Ley del Divorcio en marcha, aprobada en 1932, las parejas podían desligarse civilmente, cuando la experiencia matrimonial se consideraba fracasada, como fue el caso de María y Francisco. De su unión había nacido una hija, Rosa del Olmo Pérez, que quedó junto a la madre. Para entonces, María era ya una mujer políticamente comprometida en el partido comunista, en el periodismo y en la enseñanza.

Si la biografía de un escritor suele estar en sus libros, en el caso de María Enciso nos ofrece pautas esenciales, aunque queden todavía tantas claves por descubrir. Desde que su vida y la de su hija son lanzadas por los derroteros del exilio, el cul-

*Quiero vivir en tí. Sentirme tuya,
volver a tí, como de tí surgía.*

*Eternos como el fuego en tus entrañas,
mis huesos, diluidos en tu vida.*

tivo de la memoria histórica y la reivindicación de la libertad, como supremo valor humano, son los temas centrales de su obra, ya sea prosa o poesía. Pero sobre todo María nos transmite, con claridad y belleza expresiva, lo que ocurre a su alrededor: la conciencia colectiva, la lucha y la capacidad de resistencia por la supervivencia del ser humano en trances críticos y su talante para renacer de todos los infiernos terrenales.

María y su hija viajan a América en un trasatlántico inglés junto a gentes que huyen del horror. Durante el viaje, la radio les mantiene informados de los acontecimientos bélicos que se precipitan día a día: el desastre de Francia y el repliegue de Dunkerque, la ocupación de París, la entrada de Italia en la guerra...

Colombia será el país de asilo para María y su hija. De esta etapa de su vida tenemos puntuales noticias por L.E. Nieto Caballero, embajador de Colombia en México, que resalta la "extraordinaria dulzura" de sus ojos negros, pero su encanto personal y sus rasgos físicos, que reconocemos en la fotografía, lo magnificaba su formación cultural y actitud ante la vida. Nieto Caballero nos dice que: "...no tardó en hacerse allá a la simpatía, luego a la admiración, y por último al afecto profundo de todos aquellos que a ella se acercaban.

A María Enciso no le faltó el afecto ni el trabajo, dos elementos esenciales siempre, pero más en las peculiares condiciones de desvalimiento del exiliado. Fue redactora del semanario *Sábado* y colaboradora de la *Revista de las Indias* y *El Tiempo*, de Bogotá. Escribía crítica literaria, reportajes, artículos, cuentos, poemas...

En septiembre de 1941 aparecía su libro en prosa *Europa fugitiva: Treinta estampas de la guerra*. En ellas recuerda los bombardeos, el éxodo, los niños evacuados, los campos de concentración, la invasión alemana... Era un ajuste de cuentas con su reciente pasado que evocaba para ahuyentar sus fantasmas. El libro lo dedica a su niña, que ha compartido con ella, sin entender, tanta desventura: "Para mi hijita, cuando pueda comprender su propia historia, que es la de tantos niños europeos".

Al año siguiente, 1942, publicaba *Cristal de la horas*. Este libro de poemas va dedicado a sus dos madres: "A mi madre, mujer fuerte y abnegada en el dolor y en el sacrificio. Y a mi España, ambas fundidas en el recuerdo". En uno de sus poemas evoca su mundo ausente: "Allí quedó todo./ Mi casa cerrada,/ y yo lejos,/ oyendo el romper de las hojas/ cuando el aire pasa./ Ay ¡ese campo tan verde!/ Ay ¡Ese campo de España!".

María Enciso con su hija llegan a Cuba en 1945. No sabemos el origen de su determinación, tras abrirse caminos en el periodismo y la literatura, en Bogotá. El periodista Eduardo Ortega y Gasset y Adela, su mujer, habían instalado en una casona antigua una residencia para señoritas universitarias. Allí vivirán María y su niña los meses que dura su estancia en La Habana. Durante este tiempo, María colabora con seudónimo en el diario de *La Marina*, en la sección de modas para



señoras, al parecer a petición propia. Este mismo año se van a México. La numerosa colonia de exiliados españoles la pone en relación con publicaciones y editoriales. Tiene que compaginar su buen quehacer literario con un tipo de periodismo trivial, como era la revista popular *Paquita del Jueves*: cubría allí las sesiones de moda, consejos, relatos, anecdota-rio que firmaba con seudónimo. El propietario de la publica-ción era García Balseca, quien solía tener la pistola encima de la mesa de su despacho. María le exigía que cuando ella en-trase para tratar los asuntos de su trabajo quitase el arma de en medio. Con su nombre colaboraba en el suplemento cultu-ral de *El Nacional*, en aquellos tiempos periódico “cardenista y revolucionario”. Invitada por José Ramón Arana y Manuel Andujar, escribió para *Las Españas*. En 1946, al año siguien-te de llegar, a María le editan un libro de poemas, con el títu-lo machadiano *De mar a mar*. Se lo publica, primorosamen-te, Manuel Altolaguirre en su *Editorial Isla* y su mujer, la po-eta Concha Méndez, escribe el prólogo por seguidillas:

Por una misma causa/que defendimos/llegamos a estas
tierras,/ María Enciso.

Y aquí nos encontramos/ por vez primera/ después que
atravesamos/ ¿cuántas fronteras?.

En 1947 apareció *Raíz al viento*, que su autora divide en tres partes: ensayos, crónicas y notas. En esta obra, que iba a ser la postrera, evoca en íntimo homenaje a los que ama como si de una despedida se tratase: a Machado, a Galdós, a Concepción Arenal, a Rosalía de Castro, a Juan Maragall, como el alma de Cataluña, a Gabriela Mistral, a Luis Cam-pans, a Don Quijote. Sin olvidar el latido social: los cientos de hombres, auxiliados por mujeres y niños, implicados en la lucha guerrillera por las sierras de España. Así como a las mujeres que sufrían duras penas en las prisiones franquistas.

En la Habana, María Enciso había conocido a Mercedes Rull Alonso, de origen almeriense, con la que trabó una sin-cera amistad que se consolidó en México, donde volvieron a encontrarse. El testimonio de Mercedes, que recogimos en México en los años ochenta, es esencial para conocer los úl-timos tiempos de María Enciso, pues fue ella quien la asistió hasta su muerte: “María era una persona extraordinaria, ser-vicial, que ayudaba a todo el que podía. Como todos los exi-liados era un ser lleno de nostalgia, quizá en ella más acen-tuada, por la ausencia de su madre, a la que echaba mucho de menos. La sabía sola en Almería, pues su hermano Francis-co, cuando lo pudo sacar del campo de concentración, en Francia, se reunió con ella en América, llegando a ser cate-drático de Filosofía en Caracas. En 1.949, María tenía arre-glada su vida, es un decir, su niña iba al colegio de Luis Vi-ves y ella disponía de un trabajo. María empezó a sentir mo-lestias y entonces visitó al Dr. español Joaquín D’Harcourt, el que con otros médicos había fundado la Benéfica Hispania, en la calle Marsella. Decidió operarla de apendicitis, la niña quedó conmigo, yo la acompañaba al colegio. El mismo día que María salió del sanatorio fuimos a verla y la encontramos desmayada y con fiebre. Mi marido avisó a D’Harcourt pero, como pasaba el tiempo y no llegaba, llamamos a otro médi-co. Eran los primeros tiempos de la penicilina y mandó que se le inyectara cada tres horas, yo misma se la ponía. Al día siguiente, sin moverla de casa, el Dr. Millán y su mujer, fue-



ron allí con los aparatos y le hicieron un electrocardiograma. Al día siguiente, el Dr. Jordi Piñol le dijo a mi marido, quan-do fue a recoger los resultados que tenía el corazón “hecho polvo”. Me habían indicado que si María empeoraba le pu-siera de inmediato una inyección. Todo fue muy rápido. Ma-ría estaba en la cama y yo sentada a su lado, estábamos ha-blando cuando, de repente, me dijo que se sentía mal. Empe-zó a enrojecer, yo le puse enseguida la inyección y murió en mis brazos. Aquella muerte fue horrible, un caso de mala suerte y de negligencia porque ella no estaba enferma, era una mujer alta, bien desarrollada, llena de salud, con 41 años. Todo fue muy triste. Avisamos al marido a Colombia, vino se llevó a su hija, tenía entonces trece años, nunca he-mos sabido más de ella. Yo tardé en superar todo aquello.

Manuel Andujar en el número de *Las Españas*, de abril de 1949, escribió: Con palabras de vida y esperanza debemos recordar a María Enciso, muerta a deshora, cuando el tiempo de España, de su libertad, le aguardaban”...

María Enciso, como tantas gentes nuestras, quedó en el Panteón Español, de México. Ignorada su persona y su obra (hay que destacar los estudios de Arturo Medina). Habría que propiciar el conocimiento de su obra donde encontrarían los almerienses su testamento lírico, el anhelado sentir del retor-no de su tierra, tantas veces evocada por María:

“Si no he de verte más, lejana orilla,
que me lleven al mar cuando yo muera.
El me volverá a tí, del mar nacida,
en la lumbre de líquidas estrellas”.